

## 23. La Rochelle

Antxon se paseaba por las calles porticadas del mayor puerto pesquero de Francia, su olor a salitre, algas, pescado, mar..., le hacía sentirse bien, cómodo y hasta relajado. Aunque no se integraba y le costaba superar la tristeza al atardecer, cuando las calles se vaciaban y se cerraban las contraventanas dejando pasar la tenue luz amarillenta de los hogares franceses. Algunas veces sintió el rechazo y la agresividad de quienes pensaban que los refugiados españoles eran ladillas que chupaban la sangre de los honrados franceses. *Vuelvan a su casa*, se escuchaba de vez en cuando. Sin embargo, tuvo que admitir que en general era gente solidaria y acogedora, cualquiera que fuera su opinión política, no esperaba tanto, y mostraba su agradecimiento con una leve y permanente sonrisa.

Escapó de las garras franquistas en varias ocasiones. La última saltando del barco que le devolvía prisionero a Pasajes, cuando luego fue rechazado por su soñada y amada Mentxu, ¡cosas de la guerra! –pensó–. Al principio le dolió mucho pero, poco a poco, se fue convenciendo que aquello más que amor era sexo, cuestión de buscar una explicación para mitigar su desengaño. En eso era único, en traducir lo malo a bueno.

Además, comprendía que su pretendida novia tenía que sobrevivir y cuidar de los suyos a cualquier precio. Él había sido el precio.

—Era solo sexo, pero qué sexo, valió la pena —se mentía para soportar su orfandad de amor. Paseaba por los muelles, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos.

En su última huida de Pasajes encontró fácilmente un barco que le enroló como marinero para faenar en Gran Sol, allá por las costas de Irlanda, en mares tan duros como los gallegos, viento, mar gruesa y frío, mucho frío. El Colimbo era un bou bien pertrechado, matrícula de Bilbao, a cuyo patrón lo único que le importaba era la pesca, fuera roja o azul, lo de la guerra le traía al paio, nunca mejor dicho. Enseguida apreció en Antxon su solidez, trabajador incansable y sus grandes conocimientos de pesca, hubiera sido un magnífico segundo de haber querido seguir con ellos. Pescaban en Irlanda y desembarcaban en La Rochelle donde vendían las capturas o las cargaban en camiones para llevarlas hasta la frontera española, allí las pagaban bien. Solo volvían a Pasajes una vez al mes, a reparar redes, entonces él se quedaba en Francia y deambulaba por las callejuelas de la ciudad porticada. Había superado las ganas de volver.

En una ocasión, el barco estaba siendo revisado, y Antxon acompañó a uno de los camiones hasta la frontera de Hendaya donde vendían al ejército franquista la mercancía que pasaban a sus vehículos. Le sorprendió descubrir que, además de pescado, llevaban, en otro camión, tabaco, café, licores, telas, palas..., de todo lo imaginable.

—Hola, chaval. ¿Tienes algo que vender? —Así de fácil conoció a Paco.

Antxon quedó anonadado ante la simpatía del individuo, no muy alto, cara redonda, muy bien vestido, con traje y corbata, zapatos impecables, y

peinado hacia atrás con gomina. Tendría cerca de cuarenta años.

—No, nada. He venido acompañando al pescado.

—Pero si necesita algo, dígamelo y el próximo viaje se lo traigo —añadió más animado, atraído por el carisma de Paco e intuyendo otro mundo nuevo.

El personaje sonrió condescendiente ante la buena disposición del pescador que, fuera del agua y en esos lodazales, aparentaba ingenuidad.

—¿Algo? —farfulló—. Necesito todo lo que puedas traer.

El tipo jugaba con una placa de metal que tenía en la mano, echándola al aire y recogéndola. Se la tiró a Antxon, quien con buenos reflejos la pilló.

—Si logras que alguien reproduzca esa hebilla, te compro todo lo que seas capaz de fabricar —le dijo retador y sonriente. Le caía bien ese tipo.

Antxon la miró con atención. Era una hebilla de metal grabada con el águila imperial. Como el escudo de la Falange sin el yugo y las flechas, la hebilla del ejército rebelde.

Ya no volvió a salir a la mar. De regreso a La Rochelle indagó excitado dónde podría hacer el molde para fabricar la hebilla, sospechaba que algo interesante había detrás de la simpatía de Paco. Llevaba la placa en el bolsillo enseñándola en cuantos talleres metálicos entró. Tuvo que bajar hasta Saintes para hacer el troquel y localizó un local en las afueras donde le fabricaron dos mil piezas que pagó al contado de su bolsillo. Todo un riesgo, en la esperanza de reencontrarse con el negociante.

—Perfecto, está impecable —Paco examinó una de las hebillas fabricadas a la luz de un farol en la playa de Hendaya, alejados de la frontera.

—Solo una cosa más —Antxon se quedó expectante—. No quiero dos mil, necesito doscientas mil como éstas —añadió satisfecho.

Buscó nuevos talleres donde le fabricaran en Burdeos y sus alrededores, ya no solo hebillas sino botones, cantimploras, correajes y hasta mantas, se vendía de todo. Inició un incesante tráfico de distintas mercancías que Paco recibía con su eterna sonrisa y elegancia. Nunca levantaba un peso por pequeño que fuera, no se manchaba las manos, para eso traía una cuadrilla de trabajadores, también españoles. Antxon jamás quiso ni oír hablar de armas ni municiones, eso era tabú para él y Paco no insistió. Sin embargo, ahí estaba el verdadero negocio.

En pocos meses había pasado de pescador habilidoso a próspero comerciante, siempre astuto en cualquier papel. Amasó una pequeña fortuna en francos franceses y dólares norteamericanos. Paco, con quien tuvo una magnífica relación, le decía cuando le pagaba grandes cantidades de billetes:

—Guárdatelo en los huevos —advirtiéndole de la volatilidad en tiempos de guerra. Y le hizo caso; la mayor parte del dinero lo escondía en un hueco, que él había habilitado, debajo de la estufa de salamandra que tenía en su casa de Burdeos. Era complicado acceder pero muy seguro.

Antxon, pese a sus magníficos ingresos, que le habrían permitido llevar una vida de lujo, no intentó emular la elegancia de Paco con nuevos trajes cruzados azul marino y raya fina, se hubiera sentido incómodo. Continuó ayudando en la carga y descarga de las mercancías usando su buzo de trabajo, no lo podía evitar, aunque admiraba y envidiaba a su socio, tan señor, tan elegante.

Manténía contacto por carta con Mentxu. No solo era incapaz de guardar rencor, sino que entendió y hasta aplaudió las buenas gestiones del novio militar por el bienestar de Amalia y de Lucas. Estaba al corriente de lo que sucedía en Pasajes, en Sutturarán y hasta de cómo le iba a su querido y viejo amigo Krispín y se sorprendió que hubiera salido ileso de Guernica.

Las noticias de Radio España Independiente eran terribles y alarmantes. Él había decidido no volver a su país y quedarse, de momento, en su querida Francia que tan bien le trataba en todos los sentidos y, aunque era un tipo rudo, tenía la sensibilidad suficiente para no decir a Mentxu que su vida afectiva estaba bien servida, también ahí.

Los alzados iban a ganar la guerra, no entendía cómo seguían matándose a millares por algo que ya estaba decidido. Cómo no se ponían de acuerdo los perdedores y los ganadores para negociar una rendición que evitara más muertos. Antxon era un hombre sencillo y listo, lo que sucedía le parecía estúpido aunque sus negocios tan brillantes se basaran en esos dramas. Más que la guerra le inquietaban los enormes nubarrones que asomaban desde Alemania y cubrían ya media Europa. Él no entendía de política pero oía la radio, leía los periódicos y escuchaba a la gente, tenía miedo por él y por sus amigos. Pensó que era la ocasión de alejarse de tanto loco e irse lejos, tal vez a Sudamérica. Sí, eso haría, pero antes debía ayudar a los suyos, a sus amigos, a Krispín, Amalia y Lucas. Ahora que podía. Ya se le ocurriría cómo. No tuvo que esperar mucho.

